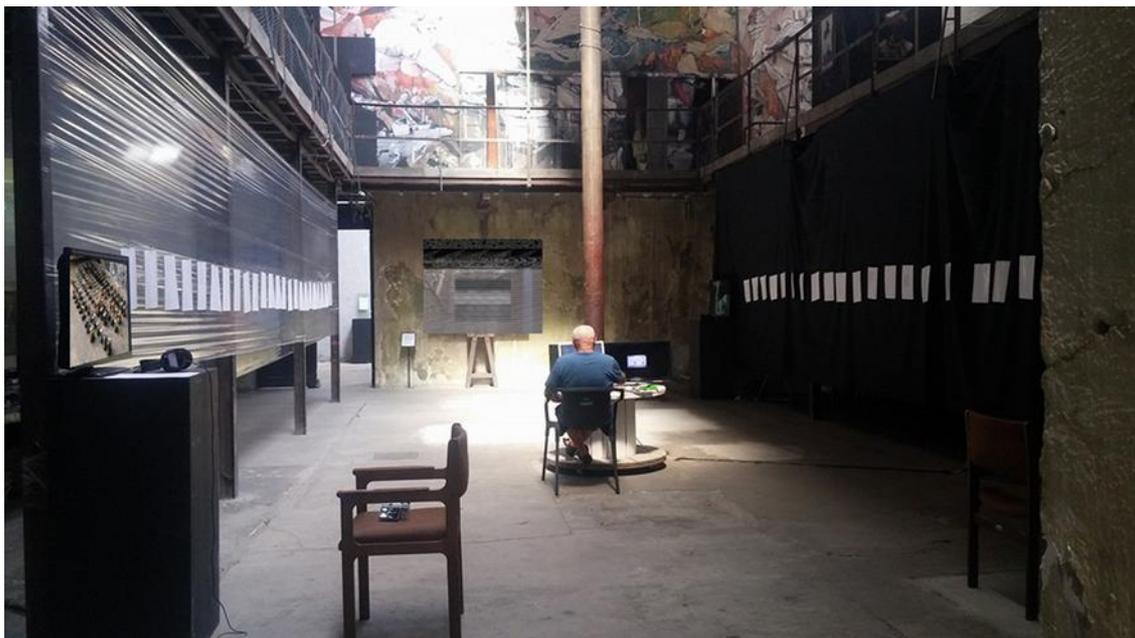


YO ENCONTRÉ EL SANTO GRIAL

Concepto y realización: Antonio Alvarado.
Fotografía previa de Francisco Brives.
2018-001.

Imagen digital.
Relato.

Con motivo del 5º Aniversario de La Neomudejar, los directores me pidieron que escribiera un texto inspirado por el espacio y que les enviara una foto que me pareciera especial. Yo elegí una foto que me hizo Francisco Brives y la manipule incorporando dos obras mías posteriores a la exposición que realicé en 2016 y que realicé en La Neomudejar.



Yo encontré el Santo Grial.

Muchas circunstancias y hechos rodearon aquel acontecimiento y dieron lugar a que este suceso se produjera.

Me hallaba recorriendo el Camino de Santiago de Somport. En aquel viaje tuve un encuentro con el diablo, un encuentro con unos gigantes, un encuentro con el apóstol y un encuentro con un anciano patriarca que me ordenó como obispo y que supo reconocer en mí los méritos para alcanzar tal dignidad. Muchos otros hechos sucedieron pero de menor relevancia aunque todos y cada uno contribuyeron al desarrollo de esta historia.

Mi encuentro definitivo fue con el Santo Grial, y ello dio por terminado mi periplo por el Camino en aquel año. Se sitúa en Izarbeibar, donde se juntan los Caminos de Santiago de Somport y de Roncesvalles. Los que conozcáis algo sobre ese Camino Iniciático sabéis que me refiero a la iglesia de Santa María de Eunate. Ello prueba una vez más que ningún hecho es aislado y que todo acontecimiento es solo un eslabón de la cadena de nuestro destino; eslabones que según sepamos engarzar darán como resultado que nuestros deseos y proyectos se realicen o queden frustrados.

Santa María de Eunate es un templo de planta octogonal imperfecta y rodeado por una galería porticada de 33 arcos. La portada fue obra de un cantero gruñón y gigante que la realizó en un corto espacio de tiempo. Otro cantero fue retado a hacer una obra igual en el reducido tiempo que había empleado el gigante. El segundo cantero se ayuda de la magia para conseguirlo, si bien debido a estas malas artes la portada le salió invertida. El gigante,

enfadado dio una fortísima patada a la nueva portada, que voló por los aires y llegó hasta Oloz, en una etapa ya recorrida del Camino.

Debo hablar aquí de mi encuentro con los gigantes, que me apartaron del Camino con sus cánticos y danzas, pero de cuyos hechizos me libré con mi claro raciocinio y mi firme voluntad de cumplir mi destino. Pienso ahora que quizás aquellos gigantes era una prueba que debía superar pues yo había comenzado mi andadura en compañía de un maestro gruñón, al igual que el cantero que talló la portada de Santa María. Este maestro me llevó a enfrentarme con el 666, el número de la Bestia, al salir de un camino de oscuridad que se encuentra al principio de esta ruta. Rayos y truenos nos recibieron como augurio de sucesos poco esperanzadores, pero junto con mi maestro seguí mi camino. Después de que, en la tierra que Estrabon marca como de los iacketanoi, nos encontráramos con un díscolo aprendiz y con él que subimos a la Peña del Santo donde las zarzas y sus riscos estuvieron a punto de destruir nuestros débiles cuerpos y nos sumieron nuevamente en la oscuridad. Por causa de este hecho, tanto el aprendiz díscolo como yo comenzamos a dudar de la cordura de nuestro preceptor y finalmente dos días después desistimos de seguir la ligereza de sus pasos.

Sin los sabios conocimientos de nuestro guía recorrí las áridas tierras de Aragón, pasando muchas hora diarias en soledad luchando con el viento, el hambre e incluso la sed. Un día que mi compañero se encontraba a kilómetros por delante de mí, oí un extraño y repetitivo canto como de sirenas pero con un matiz mecánico debido a la exactitud de su repetición. Me deje llevar por ese cántico y vi que era entonado por unos gigantes que se encontraban quietos como árboles secos en el Alto Sierra de Izco. Estos gigantes movían sus brazos con giros frenéticos y yo hipnotizado me dirigí hacia ellos. Afortunadamente mi raciocinio me avisó de que eran solo un engaño para los peregrinos ingenuos, también me avisó de que me había desviado de mi camino, encontrándome perdido en medio de aquella inmensidad. Supe que tenía que tomar una decisión por mi mismo y guiado por mi instinto escogí senderos que me devolvieron al camino correcto y finalmente llegue al destino de aquella etapa: la aldea de Izco, aunque con mas de tres horas de retraso.

Aquella aldea, de apenas 50 habitantes, disponía de una local de esparcimiento en el cual los lugareños habían dispuesto una cocina, un salón para comidas y bailes comunales y un dormitorio con 4 literas para que pudieran descansar los peregrinos que por allí pasaran. También disponía de una pequeña tienda a disposición de los peregrinos, esta tienda cerraba a las 5 en punto de la tarde. Cuando llegué pude comprobar que en el albergue, además de mi compañero de viaje había una familia de siete miembros; todas las camas pues estaban ocupadas. También comprobé que eran las 5 menos 5 minutos de la tarde, que no había comido en todo el día y que no tenía nada de agua; pregunte a mi compañero si había comprado algo para comer y me respondió que estaba esperando mi llegada para tomar una decisión. Todavía ofuscado por el canto de los gigantes decidí en menos de 5 minutos y con una absoluta seguridad lo que íbamos a comprar en la tienda para poder cenar antes de acostarnos, mi acompañante no puso ninguna objeción. A la hora de acostarnos los miembros mas jóvenes de la familia y mi compañero me ofrecieron su cama pero yo alegué que era el último en llegar y por tanto yo debía dormir en el suelo.

Al día siguiente, la familia se levantó antes que nosotros y los miembros de mayor edad se despidieron con las siguiente palabras: "Ha sido un honor el haberle conocido". Todo esto me dejó confuso y no supe que responder excepto gracias. Unos minutos después se acercó un lugareño para avisarnos que en media hora cerrarían el albergue hasta el mediodía. Desayunamos y seguimos nuestro camino. Después de andar unos cuantos kilómetros llegamos a un pueblo en el que había un bar junto a la carretera y yo dije: "Deberíamos entrar a tomar un café y encargar unos bocadillos y botellas de agua para que no nos pase lo que en días anteriores". Mi compañero estuvo de acuerdo y entramos en el establecimiento. No hube abierto la puerta cuando el patriarca de la familia, pues se encontraban allí, se levantó de la mesa y arrodillándose ante mi me dijo: "Amigo mío", mientras me besaba la mano; es en ese momento en el que fui preconizado como obispo y mi compañero como mi acólito.

A lo largo del día pensé en todos estos acontecimientos y en un momento me senté en una pequeña tapia de piedra, como había hecho muchas veces en otras etapas, con mi maestro gruñón preguntándome que habría sido de él. Aquella noche, cuando ya habíamos

llegado al final de la etapa y nos encontrábamos en el bar del pueblo, Tiebas, un desconocido se acercó a mi y me ofreció una pequeña libreta diciéndome: "Creo que esto os pertenece", le miré y el desapareció rápidamente por la puerta; la libreta era la de mi maestro que debió perder en sus prisas y el desconocido sin duda era Santiago que me la daba para que yo volviera a reunirme con él.

Al día siguiente, mi acólito y yo partimos hacia Puente la Reina donde pensábamos terminar aquel año nuestra peregrinación. Él, más joven que yo, me adelantó y volví a recorrer el camino con mis pensamientos. Finalmente, a pocos kilómetros de nuestro destino, en el Valle de Ilzarbe le encontré. Estaba sentado en el suelo, recostado en la galería porticada de Santa María de Eunate; me senté junto a él y hablamos de los pormenores del Camino; una campesina se acercó a nosotros con una cesta en la que tenía moras y uvas y nos las ofreció para que repusiéramos fuerzas, luego sin decir palabras se alejó. Mi acólito me habló del templo, un edificio de planta octogonal imperfecta y total armonía. Lo relacionó con otras construcciones que dijo de los caballeros templarios. Estos, además de defender El Santo Sepulcro, dijo, tenían como fin el encontrar el Santo Grial, y es posible que lo encontraran. Levantándome le expresé que entraría a visitar el templo y quizás encontrara el Santo Grial, los dos sonreímos.

Entré en él y me senté en un banco a descansar y rezar. Estaba mirando al altar cuando mis ojos Lo reconocieron. A la derecha del altar dentro de un sillar de piedra se encontraba el Santo Grial. Aunque estaba dentro de la piedra, la humedad y el tiempo Lo delataban. Estaba ligeramente inclinado hacia mi derecha como si vertiera su contenido. Una línea oscura mostraba su silueta.

Yo encontré el Santo Grial. Aquella fue la primera vez, era el otoño de 2002; pero no ha sido la última. Desde entonces en repetidas ocasiones el Santo Grial ha vuelto a ponerse en mi camino. El joven que me acompañaba entonces no creyó lo que le conté y renegó de lo que le dije; entró en el templo y no aceptó mis palabras. No pude mostrarle entonces un Certificado Oficial que lo autentificara.

En la primavera de 2016 de la mano de Magali Berenguer, de Carlos Franco y de Antonio Nebrija encontré de nuevo el Santo Grial. Se encuentra en unas antiguas naves que dieron impulso al nacimiento del ferrocarril hace dos siglos. Dos estafalarios guardianes lo vigilan para que solo lo descubran aquellos que hayan recorrido el camino adecuado con maestros gruñones, signos diabólicos, gigantes cantarines, patriarcas y toda esa clase de contingencias que conlleva encontrar el Santo Grial. Me resistiría a decir los nombres, para que solo los que han recorrido ese camino lo reconozcan; pero como sé que aun dando todo tipo de datos solo los que estén preparados serán capaces de reconocerlo los diré. Los guardianes son Nestor Prieto y Francisco Brives, el templo es La Neomudejar de Atocha.